

# ATENEA Y EL ESPÍRITU DE SU TIEMPO\*

FARIDE ZERÁN CHELECH\*\*

(Dedico esta conferencia a los intelectuales y académicos de la decena de universidades destruidas en Gaza, y en memoria de los casi 40 mil palestinos asesinados en medio de este genocidio perpetrado por las fuerzas de ocupación israelí en Palestina).

1

La inteligencia forma un haz de potencias renovadoras y creadoras en el mundo espiritual. Hay que ofrecerle las oportunidades y rodearla de la independencia de los medios y del amoroso cuidado necesario para que cumpla su divina finalidad de creación. Conforme al subtítulo de nuestra revista, que dice que es de 'ciencias, letras y bellas artes', cabrá en sus páginas todo tópico de interés humano, sin más restricciones que las señaladas por el método y la técnica inherentes a estas órdenes de actividades. (Atenea. 1924, p. 4)

\* Conferencia de apertura de las celebraciones del centenario de revista *Atenea*, 28 de mayo de 2024.

\*\* Es periodista y profesora titular de la Universidad de Chile, donde imparte las cátedras de "Ética y Tratamientos Periodísticos" y el "Taller de Crónica y Entrevista" para estudiantes de Periodismo. Es Premio Nacional de Periodismo 2007 y Premio Amanda Labarca 2014, otorgado por la Universidad de Chile. Fue fundadora y directora del Instituto de Comunicación e Imagen, y directora de la Escuela de Periodismo de esta misma unidad. Fue confundadora y subdirectora de la *Revista Pluma y Pincel*; estuvo a cargo de las entrevistas culturales cada domingo en las secciones "Literatura y Libros", y "Temas" del diario *La Época*; fue editora de Cultura en la revista *Análisis*, y editora política de la revista *Los Tiempos*. Entre 1993 y 2002 participó en el programa de televisión *El show de los libros*, donde se desempeñó como crítica literaria. Fue directora y fundadora de la revista cultural *Rocinante*. Entre 2000 y 2004 fue integrante del Directorio de Televisión Nacional de Chile.

CON ESTAS PALABRAS EL RECTOR de la Universidad de Concepción, Enrique Molina, celebraba el primer número de *Atenea* apuntando al sello de una revista nacida no solo al alero de su universidad solo cinco años después de que esta fuera fundada, sino inspirada en ella, en sus valores laicos y republicanos y en el espíritu libre de aquellas décadas que desafiaban el pensamiento conservador.

No es casual que *Atenea* apareciera en abril de 1924, un año antes de que en Chile se consagrara la separación de la Iglesia del Estado, por ello quizás la frase del rector Enrique Molina con motivo del primer número de *Atenea* de que “sin verdad y esfuerzo no hay progreso” (*Atenea*. 1924, p. 4), en una declaración editorial de aquella diosa de la inteligencia “severa y sonriente a la vez” (1924, p. 3), como lo expresara el rector, que desde el sur del sur se erigía no solo como una revista más sino como un espacio de pensamiento y reflexión.

Me detengo en los orígenes de *Atenea* que, si bien nace como una “Revista mensual de Ciencias, Letras y Bellas Artes”, pronto se convirtió en una revista casi exclusivamente consagrada a la literatura, pero donde se debatía en torno a ideas en las que la política y los temas culturales no solo de Chile sino de Latinoamérica y del mundo estaban muy presentes.

Contextualizar el impacto de un medio cultural que surge como extensión de la primera universidad laica y con vocación pública del sur de Chile, con una estrecha relación con la Universidad de Chile, no es tarea fácil, pero basta imaginar que en 1925 un escritor, Vicente Huidobro, era candidato a la presidencia de la República apoyado por la FECH, y que poetas de la talla de Mistral, Neruda o De Rokha, ya eran reconocidos y publicados dentro y fuera de Chile.

Es decir, son años en que el país goza de una sólida salud cultural, pero de un precario momento político. En ese contexto, la Universidad de Concepción, a través de su rector Enrique Molina, asume que la extensión universitaria implica vincularse con el espacio público y debe estar presente en los debates de su tiempo aportando desde sus distintas disciplinas y saberes.

2

Rescato entonces el rol de la extensión universitaria pensada como la necesaria vinculación de la academia a la sociedad a la que se debe, aportando a través de la docencia no solo a la formación de profesionales en todos los

ámbitos de las disciplinas y los saberes, innovando e investigando en las diversas áreas del conocimiento científico y tecnológico, de las ciencias sociales, las humanidades o las artes, sino además, y como un tercer elemento fundamental, haciendo de la extensión universitaria un eje central de su quehacer capaz de instalar a la universidad como un actor relevante para todos los ámbitos del país.

En este marco enfatizo el nacimiento de la revista *Atenea* como un gesto de su rector fundador, Enrique Molina, para traspasar los muros de nuestras universidades.

La filósofa estadounidense Judith Butler señalaba en una de sus conferencias magistrales en la Universidad de Chile, a propósito de la defensa del pensamiento crítico y de la relevancia de las humanidades en el mundo actual, que las paredes de las universidades deben ser porosas. Es decir, apuntaba precisamente a cómo esta debía vincularse con el espacio público, con sus debates ciudadanos, con sus movimientos sociales y culturales, uniendo a la academia con la calle, confrontando los saberes y enriqueciéndose en esta relación dialéctica.

Y es que las universidades son espacios privilegiados donde se produce reflexión crítica de vanguardia, donde se investiga al más alto nivel, donde se busca contribuir al desarrollo nacional desde diferentes disciplinas y en el que la excelencia académica sin duda es un elemento central.

Sin embargo, creo que estas instituciones no alcanzarán su total potencial si no están comprometidas con la democratización del conocimiento, si no creen que, así como pueden ofrecer herramientas a la sociedad, deben también incorporar las demandas de esta a su quehacer, porque solo así lograrán avanzar al ritmo de los tiempos y contribuir a encontrar respuestas a las necesidades y desarrollo del país al que se debe.

Por ello la extensión universitaria, sus escuelas de verano, sus Gonzalo Rojas convocando a los míticos e históricos encuentros de escritores nacionales e internacionales, su revista *Atenea*, sus premios, hoy su cátedra Gonzalo Rojas, su pinacoteca y tanto más, no es sino el correlato de esta convicción de que la universidad no es un claustro encerrado en sus saberes sino la inspiración vital para aportar al desarrollo de un mundo mejor.

3

Vuelvo a *Atenea* y su tiempo, pienso en su origen, y busco en el libro *La guerrilla literaria*, texto que escribí a inicios de los años 90 (Zerán, 1992),

con varias ediciones posteriores, y a propósito del contexto histórico en que nace la revista *Atenea* y su impronta literaria y de debates culturales, cito unos párrafos:

En 1925 Vicente Huidobro retorna a Chile. Ese año se inicia con la caída de la junta militar que el 11 de septiembre de 1924 había disuelto el Congreso, provocando la renuncia del presidente Arturo Alessandri Palma. La Guarnición de Santiago, que en sus proclamas ataca a la oligarquía antidemocrática, ilustra el ambiente que se respira en esos días. A estas, se unen las de los comités de obreros, la Federación Obrera de Chile, el Partido Comunista, la Federación de Estudiantes, que hacen fervientes llamados democráticos y exigen el retorno de Alessandri. En julio, es la masacre de La Coruña. Alrededor de mil quinientos obreros que pedían reajustes de sueldos en esa oficina salitrera fueron duramente reprimidos. Esto aumenta el descontento y la rebelión entre los trabajadores. Una nueva junta surge, y en marzo de ese año vuelve al poder Alessandri. El de 1925 es un año de crisis para el país y Chile concita la atención de América Latina. Se aprueba la Constitución de 1925 mediante un plebiscito nacional. Pero el primero de octubre renuncia Alessandri. En las elecciones del 24 de ese mismo mes triunfa Emiliano Figueroa. Huidobro no permanece al margen de estos días agitados y la política lo envuelve. *Acción* es un periódico financiado mediante suscripciones entre oficiales jóvenes estimulados por Marmaduque Grove. Lo dirige Vicente Huidobro, quien lo denomina un “diario de purificación nacional”, y en algunos números colabora a veces otro poeta, Ángel Cruchaga Santa María. Solo salen 14 ediciones, y allí Huidobro publica un artículo que refleja los momentos que se viven. Con el título de “Balance patriótico”, aparecido el 8 de agosto de 1925, Huidobro señala en algunos de sus párrafos:

–Un país que apenas a los cien años de vida está carcomido, lleno de tumores y supuraciones de cáncer como un pueblo que hubiera vivido dos mil años y se hubiera desangrado en heroísmos y conquistas. Todos los inconvenientes de un pasado glorioso pero sin gloria. No hay derecho para llegar a la decadencia sin haber tenido apogeo. ... Frente a la antigua oligarquía chilena, que cometió muchos errores, pero que no se vendía, se levanta hoy una nueva aristocracia de la banca, sin patriotismo, que todo lo cotiza en pesos y para la cual la política vale tanto cuanto sonante pueda sacarse de ella. Ni la una ni la otra de estas dos aristocracias ha producido grandes hombres, pero la primera, la de los apellidos vinosos no llegó nunca a la impudicia de esta obra de los apellidos bancosos. ... Toda nuestra insignificancia se resuelve en una sola palabra: Falta de alma... ¡Crisis de hombres! ¡Crisis de hombres! ¡Crisis de hombres!... Una nación no es una tienda, ni un presupuesto es una Biblia... Todo lo grande que se ha hecho en América y sobre todo en

Chile, lo han hecho los jóvenes. Así es que pueden reírse de la juventud. Bolívar actuó a los veintinueve años. Carrera, a los veintidós; O'Higgins, a los treinta y uno, y Portales a los treinta y seis. Que se vayan los viejos y que venga la juventud limpia y fuerte, con los ojos iluminados de entusiasmo y esperanza. (Zerán, 1992, pp. 48-49)

Huidobro incendia con su discurso. Y su incursión en la política va más lejos. En 1925 todo es posible. Incluso que un poeta sea presidente de la República. En las elecciones presidenciales de ese año va como candidato a la presidencia de la República, apoyado por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile.

A fines de ese año, Neruda, agobiado por la estrechez económica, viaja a Ancud y allí permanece junto al escritor Rubén Azócar. En el Hotel Nilsson de esa ciudad, escribe *El habitante y su esperanza*, que un año después edita Nascimento.

De Rokha está en Concepción. La empresa Chile Agrícola, donde trabaja en San Felipe, ha quebrado. En la ciudad sureña funda la revista *Dínamo*, en la que aparece parte de su libro *Cosmogonía*. Más tarde, Zig-Zag edita *U*.

4

Ese es el aire que se respira en el país, un país pequeño donde todos se conocen, más si se trata de la élite académica, cultural y literaria que interactuaba de manera fluida entre sí. Por ello se repiten nombres como la Editorial Nascimento, bajo cuyo alero está no solo *Atenea* sino gran parte de las publicaciones de la época, y luego figuras como Eduardo Barrios y Milton Rossel, quienes en los primeros años dirigieron la revista desde Santiago, ciudad donde se editaba.

Acerca del contenido de *Atenea* y su influencia y protagonismo en los debates de su tiempo existe suficiente literatura que nos indica la relevancia que tuvo desde su fundación. Según un estudio de Pablo Berchenko, publicado en 1990, “El discurso laico en *Atenea*. Revista universitaria de difusión cultural (1924-1925)”, esta promovió un discurso laico –en un contexto de separación de Iglesia y Estado que se formalizaría en la Constitución de 1925– y estuvo dirigida a un sector social beneficiario de la ampliación de la educación primaria y secundaria, y tenía por finalidad la “extensión cultural, que, junto a la investigación y la formación profesional, caracterizan las funciones esenciales de la enseñanza superior en Chile” (Berchenko, 1990, p. 461). *Atenea* entonces tuvo –y tiene– como lugar de enunciación la

Universidad de Concepción, no obstante, en sus orígenes circula por librerías y estaba dirigida a una clase media interesada en la cultura.

En otro estudio, “El discurso de la crítica literaria en la revista *Atenea* (Chile): 1924-1939”, de Carlos Tapia, este señala que luego de su fundación: “rápidamente la revista se convertirá en un espacio intelectual de resonancia nacional e internacional posicionándose como uno de los referentes fundamentales de la vida cultural chilena” (Tapia, 1990, p. 469).

Esta afirmación del investigador Carlos Tapia se sustenta además en el contexto social, político y cultural de *Atenea*. Cito:

En el plano cultural se producen importantes modificaciones. El ensanchamiento del aparato educacional cuestiona al ordenamiento oligárquico-elitario del dispositivo cultural. Paralelamente, aun cuando de manera rudimentaria, nuevos mecanismos de transmisión cultural se instalan: “la radiotelefonía es introducida en el país hacia 1922”. En 1925 Santiago cuenta con 23 salas de cine. Al final del período estudiado en nuestro trabajo, existen 54 salas. La industria editorial, relativamente modesta durante los primeros años de la década del 20, luego de la crisis del 29, conoce “una cierta expansión ... motivada –en parte– por la propia crisis, que hace difícil obtener las divisas necesarias para conseguir libros en el mercado externo y que estimula así la producción nacional”. (Tapia, 1990, p. 470)

A estos factores exógenos que contribuyen a ensanchar el aparato cultural chileno, se suman los factores endógenos. Las fronteras literarias del período estudiado están marcadas por dos generaciones: la de 1920 y la de 1938, las cuales están a su vez precedidas por la generación de 1900 que inaugura un vigoroso y prometedor proceso de creación. Nuevos y consagrados alternan en el escenario cultural: Neruda, Mistral, Huidobro, De Rokha, Pedro Prado, Mariano Latorre, Augusto D’Halmar, Eduardo Barrios, Federico Gana, Lautaro Yankas, Manuel Rojas, Fernando Santiván, Omar Cáceres, Braulio Arenas, Fernando Alegría, Nicanor Parra, entre otros, ocupan todos los compartimentos del discurso literario.

El discurso de la crítica, por supuesto, participa de esta fase ascendente. Un indicador es la misma revista *Atenea*: pese a que, al principio, se integran cuentos, relatos cortos, poesía, el volumen de escritos críticos de tipo ensayístico o las simples reseñas y comentarios de libros predomina de manera permanente.

En el trabajo de investigación de Claudia Darrigandi, “Una lectura de los primeros años de la revista *Atenea* (1924-1935)”, (Darrigandi, 2022), la autora expresa que en esta década *Atenea* se articula como una revista

académica y una revista cultural, en la que se cultivan las humanidades y las ciencias sociales y que, al mismo tiempo, se acercaría al magazín por medio de la inclusión de secciones que denomina secundarias, que se ocupan de la actualidad, de lo inmediato y de materias no apropiadas para las otras secciones de la revista. A esta mirada de las secciones y tipología, se añade el análisis de la práctica de la “tecnología del recorte y digestión” (Darri-gandi, 2022, p. 227), que la hace partícipe de la globalización de la cultura. Esta tecnología que se manifiesta en casi todas sus secciones, con disímil intensidad, hace de *Atenea* un espacio de profesionalización y, también, un impreso de divulgación destinado a los sectores medios.

5

La revista *Atenea* cumple 100 años y le rendimos homenaje recordando su aporte y saludando su existencia en un país donde las revistas culturales tienen corta vida y en el que los temas del arte, la cultura, las humanidades están ausentes no solo en el acotado espectro mediático nacional. No hay revistas culturales de circulación nacional, ni programas culturales en la televisión, como tampoco suficientes y dotadas bibliotecas públicas, salas de teatro, cine y museos, etcétera, lo que nos lleva a interrogarnos una vez más acerca del rol de la extensión universitaria y, específicamente, sobre la importancia de revistas universitarias como *Anales de la Universidad de Chile*, fundada en 1844, o *Atenea* de la Universidad de Concepción, entre otras, en una sociedad en crisis y cuyos debates centrales carecen por lo general de elementos de reflexión y densidad necesarios para enriquecer y complejizar la conversación ciudadana.

Pero este desafío no solo tiene que ver con las instituciones, sino con las personas que asumen los cargos y con ello la voluntad de apostar los sesos no a las estrellas, como decía nuestro Gonzalo Rojas, sino a sostener proyectos culturales que habitualmente no cuentan con presupuestos y, además, provocan inquietud en sectores conservadores que asumen que la academia no debe estar envuelta en debates o ideas que la tensionen.

Más aún, la figura del intelectual público proveniente también de las universidades públicas, capaz de sostener un pensamiento y discurso crítico, hoy también está en tensión –no digo extinción– atrapado en la lógica de la productividad académica, el *paper* y la exigencia de los indicadores que permiten a las universidades estar en rankings internacionales, en una competencia que puede ser beneficiosa para la investigación científica, pero

un lastre para el desarrollo de las humanidades, las artes y todo lo que implica creación y generación de pensamiento crítico.

Por ello destaco que *Atenea* en sus orígenes es tributaria de la visión y tesis de Enrique Molina, de Eduardo Barrios y, a lo largo de estos años, como una carrera de posta de quienes han asumido que se trata de un proyecto fundamental no para aumentar los indicadores de una acreditación, sino un aporte cultural para el país.

Porque en *Atenea* está contenida la memoria cultural no solo de Concepción, del país o de Latinoamérica, sino de un tiempo, y a lo largo de cien años dicha memoria se ha expresado a través de sus números constituyéndose en una suerte de pulso de su época.

Así, por ejemplo, leo en los números de los últimos cinco años textos en torno a la escritura de Alfonso Alcalde, Raúl Zurita o acerca del feminismo, la violencia política, los 50 años del golpe de Estado, Grínor Rojo, las universidades, etcétera. Se trata de ensayos, crónicas, reseñas y testimonios que poseen la densidad de la academia pero cuyos destinatarios van más allá de ella.

Bajo la dirección de Cecilia Rubio, *Atenea* sigue respirando el espíritu de su tiempo, tiempo convulso, complejo, a veces indescifrable, pero que en las claves de una revista académica cultural se torna legible y desafiante.

## 6

Si desde su fundación y las primeras décadas *Atenea* llegó a ser un referente cultural importante, otro período que marca un punto de inflexión es la década del 50 cuando llega a la Universidad de Concepción el poeta Gonzalo Rojas en 1952 y la transforma en un centro fundamental, no solo desde la creación del Departamento de Español que él funda, sino a través de las Escuelas de Verano que encabeza, haciendo historia por la potencia del vínculo de esa casa de estudios con el espacio público y el reconocimiento hacia ella por una extensión universitaria exitosa y reconocida tanto a nivel nacional como afuera.

Una vez más se repite la ecuación de figuras visionarias capaces de empujar grandes proyectos desde las instituciones que habitan, sacudiendo la modorra burocrática e instalando a la Universidad de Concepción en un lugar privilegiado.

Al sur del sur ocurrían hechos espectaculares como los encuentros internacionales de escritores que concitaron la atención nacional e interna-

cional, convocados por Gonzalo Rojas a través de las Escuelas de Verano y transformándose en todo un legado y un invaluable patrimonio cultural de esta casa de estudios.

Reviso el *Diario Concepción* y me encuentro con un artículo fechado en noviembre del 2021 que adelanta la conmemoración de los 60 años de estos encuentros que se cumplían el 2022:

Entre 1958 y 1962, el Poeta del Relámpago organizó, al alero de la Universidad de Concepción, dos Encuentros de Escritores Chilenos (uno en Concepción y otro en Chillán), y en 1960 y 1962, sendos Encuentros de Escritores Americanos, los que quedaron fijados en la historia literaria nacional e internacional, y relevaron el papel de Rojas como artífice de estas importantes reuniones de autores de renombre, llegándose a aventurar que fue en estos espacios donde se fraguó el Boom Latinoamericano. (*Diario Concepción*, 14 de noviembre de 2021, online)

Es que, en esas citas comparecieron nombres como Ernesto Sábato, Carlos Fuentes, Allen Ginsberg y Mario Benedetti, así como un sinfín de autores chilenos y americanos que conversaron entre ellos y compartieron con la comunidad en una acción representativa de lo que hoy denominamos vinculación con el medio, evidenciando fuertemente el lema inspirador de la Universidad: el desarrollo libre del espíritu.

En el libro *Cambiamos la aldea. Los Encuentros de Concepción 1958, 1960 y 1962*, la académica franco-mexicana Fabienne Bradu (2019) recuerda que, al término del Primer Encuentro de Escritores Americanos, Rojas hacía el siguiente balance:

Tres fueron los planteos mayores en la búsqueda del rostro y del espíritu de América: a) la rebelión hispanoamericana contra el superregionalismo; b) la validez de la expresión literaria como una función social, y c) las relaciones entre literatura y vida en el proceso americano. (Bradu, 2019, p. 121)

También diría, reseña Bradu (2019), que “escribir en América no es sólo oficio, sino sacrificio, y hasta suplicio” (p. 121).

“¿Qué había en Concepción y su Universidad, además de dos figuras como Gonzalo Rojas y David Stitchkin, que pudo convocar a tan grandes artistas en un mismo momento y lugar?”, se pregunta más adelante la periodista ([Ximena Cortés], *Diario Concepción*, 14 de noviembre de 2021, online)

La académica Cecilia Rubio, actual directora de *Atenea* y de la Cátedra Gonzalo Rojas sostiene en esa nota que:

no hay que quitarle mérito a la presencia y coincidencia en el tiempo y en el espacio de estas dos figuras señeras de la Universidad, detrás de las cuales había equipos de trabajo que compartían la convicción de la necesidad de crear nuevos referentes intelectuales y culturales. (*Diario Concepción*, 14 de noviembre de 2021, online)

Pero, dice:

también hay que analizar los tiempos que se vivían en Concepción y en Chile, pues los años cincuenta y comienzos de los sesenta son los años de florecimiento del teatro nacional y del TUC, el Teatro de la Universidad de Concepción, cuyos actores constituían parte importante de la bohemia artística de esta ciudad que estaba emergiendo como ciudad industrial; es también la época de la búsqueda de grandes acuerdos nacionales e internacionales, la época en que una visión latinoamericana y latinoamericanista era convocante, todo lo cual la retrata como un tiempo de convergencias en ámbitos de acción colectiva, en los que las universidades se habían ganado ya un lugar por su papel formativo y aglutinador. (*Diario Concepción*, 14 de noviembre 2021, online)

En la amplia cobertura mediática que tuvieron estos encuentros, aparte de las investigaciones y tesis sobre ellos, está *Atenea* en un número especial que registra el contenido y debates de ellos, aun cuando leo que no todo fue publicado.

7

Gonzalo Rojas decía que el idioma es la palabra y la palabra es identidad. Mi homenaje y reconocimiento a este poeta mayor que dejó huellas eternas en esta casa de estudios y marcó un camino audaz en la extensión universitaria, como lo hiciera en su tiempo Amanda Labarca en la Universidad de Chile bajo la rectoría de Juvenal Hernández. Cuando traspasó el siglo XXI, pese al escepticismo que le embargó a los 80, siguió acumulando premios, es decir, enemigos, en una comarca donde su obra –sólida como su estampa– para algunos sabía a poco. Pero el autor de *Contra la muerte*, *La Miseria del Hombre*, *Del Relámpago*, *Oscuro*, y de tanto más, avanzaba raudo tras

los zumbidos de poeta con voz propia en una carrera olímpica en el arte de nadar a contracorriente.

Invoco este inicio de una entrevista que le hiciera el año 2004 para la revista *Rocinante*, a propósito del Premio Cervantes, aplaudido en todas las comarcas pero que despertó los demonios del resentimiento entre algunos locales, y que titulé con su frase; “Chile es un país envilecido por el miedo”, citada en la magnífica biografía de Fabienne Bradu, *El Volcán y el sosiego* (Bradu, 2016, p. 394). No recuerdo si fue la última entrevista que le hice de las tantas conversaciones que sostuvimos en más de dos décadas en las que Gonzalo Rojas desplegaba su talante de hombre disidente en las tranquilas y domesticadas aguas del Chile de la posdictadura. Pero sí asumo que fue de aquellas en las que el poeta descargó su ironía punzante.

Julio Cortázar dijo de él, en 1968, “estoy leyendo a Gonzalo Rojas, que le devuelve a la poesía tantas cosas que le han quitado” (Congreso Internacional de la Habana). Pero en el Chile de esos años, ese que se destapaba en la crítica al blanco visible, era imperdonable que un criollo chilensis oriundo de Lebu obtuviera el Cervantes, el que, unido al Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, al José Hernández, o al Nacional de Literatura, configuraban el blanco fácil para quienes les molestaba el éxito en materia cultural.

Me detengo en un episodio hilarante que narra Bradu en la biografía de Gonzalo Rojas:

Mientras tanto, luego de la visita del general Juan Domingo Perón a Chile, en febrero de 1953, Stalin tiene el desatino de morir el 5 de marzo, el mismo año en que Pablo Neruda recibe el premio de la paz que lleva su nombre. La desazón no le impide organizar el Congreso Continental de Cultura que se inaugura el 26 de abril en el Teatro Municipal de Santiago, con la participación de unos 200 delegados nacionales e internacionales. Gonzalo Rojas no participa en el congreso, pero en los días subsecuentes algunos congresistas viajan a Concepción donde los sorprende el sismo del 6 de mayo.

Gonzalo Rojas recuerda ese día: “Entre las máximas figuras que asistieron estaba Diego Rivera, quien tenía los pies más grandes que recuerdo haber visto. Diego acostumbraba tomar un aperitivo a eso de la una de la tarde, y su hábito concitó a la mayor parte de los delegados del Congreso a buscar dónde tomar el aperitivo. Acordamos entonces dirigernos al mercado. Y en el trayecto no entendí si Diego, quien caminaba pausadamente, tenía las piernas muy largas o yo calzaba muy corto. Con el arribo al mercado dejé de pensar en esas banales comparaciones. Como a esa hora había mucha gente haciendo sus compras y comiendo,

y nosotros éramos muchos y queríamos beber y comer, una vez que ubicamos la fuente de mariscos, decidimos la copa y comer de pie. En esas estábamos degustando los mariscos y paladeando el vino blanco, cuando de pronto un terremoto sacudió a Chile e hizo remecer cruel y violentamente el piso donde nos hallábamos. Tan fuerte fue la sacudida, que casi caemos al suelo y poco faltó para que se desprendiera la enorme techumbre del mercado y cayera sobre nosotros. Cuando el movimiento telúrico en su apogeo casi nos exigía a todos caer al suelo, el único que se veía tranquilo era Diego, grandote como era, quien me propuso: ‘Vamos a la esquina para mirar mejor’, y sin más se fue bamboleando en medio del terremoto hacia la esquina. Recuerdo que la calle se movía como una serpiente cuando se desplaza”. (Bradú, 2016, pp. 123-124)

Concluyo este homenaje a *Atenea* en su centenario invocando a uno de sus inspiradores que desde la extensión traspasó los muros de la universidad para instalarla en el centro del quehacer cultural latinoamericano.

Gonzalo Rojas, un loco que necesita cumbre, como alguna vez lo definió Vicente Huidobro, que apostaba los sesos a las estrellas y a “los sembradores de libertad” y solo pedía, como en su poema “La palabra”, “un aire, un aire / un aire / un aire nuevo / no para respirarlo/ sino para vivirlo”.

Mayo 2024

## REFERENCIAS

- Atenea. (1924). *Atenea*, I(1), 3-5.
- Berchenko, P. (1990). El discurso laico en *Atenea*, revista universitaria de difusión cultural (1924-1925). *América: Cahiers du CRICCAL*. “Le discours culturel dans les revues latino-américaines de l’entre-deux guerres, 1919-1939”, 4-5, 461-468. <https://doi.org/10.3406/ameri.1990.1006>
- Bradú, F. (2016). *El volcán y el sosiego. Una biografía de Gonzalo Rojas*. Fondo de Cultura Económica.
- Bradú, F. (2019). *Cambiamos la aldea. Los encuentros de Concepción 1958, 1960, 1962*. Fondo de Cultura Económica; Editorial Universidad de Concepción.
- Darrigrandi, N. C. (2022). Una lectura de los primeros años de la revista *Atenea*: Secciones, recortes y tipología (1924-1935). *Atenea*, 526, 223-244. <https://doi.org/10.29393/At526-10LPCD10010>
- Diario Concepción*. (14 de noviembre de 2021). Encuentros de escritores: una eclosión que aún palpita. <https://www.diarioconcepcion.cl/humanidades/2021/11/14/encuentros-de-escritores-una-eclosion-que-aun-palpita.html>

- Tapia, C. (1990). El discurso de la crítica literaria en *Atenea* (Chile): 1924-1939. *América: Cahiers du CRICCAL*. "Le discours culturel dans les revues latino-américaines de l'entre-deux guerres, 1919-1939", 4-5, 469-478. <https://doi.org/10.3406/ameri.1990.1007>
- Zerán, F. (1992). *La guerrilla literaria. Huidobro, De Rokha, Neruda*. Ediciones Bat.